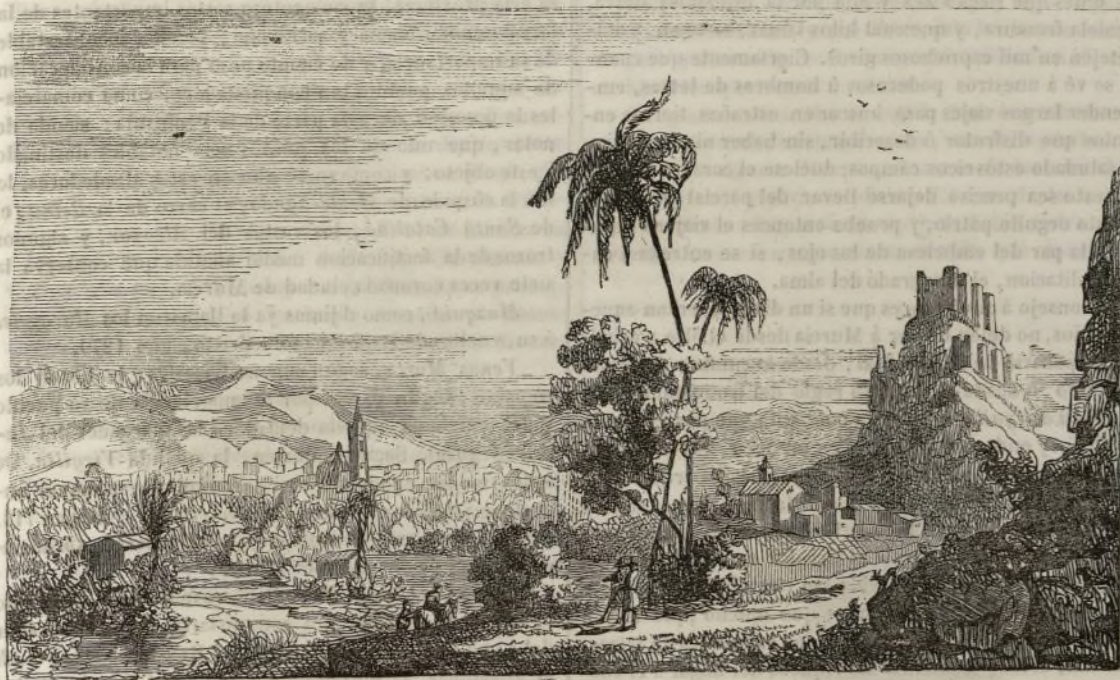


ESPAÑA PINTORESCA.



MURCIA SU HUERTA.



MURCIA, capital de la provincia de su nombre cuya situación y terreno es tan templado y fértil como quebrado en lo general, y que en sus cortos llanos y vegas es sin disputa el más pintoresco de España, le cupo á esta que fué *Mur-quía*, por ser fundada por los *Murquetes*, la vega mas bella y productiva que transformada en huerta, tiene aquel antiguo reino en todo su distrito. Aquel distrito es tan admirable cuanto encantador en su estension de cinco leguas de largo y tres de ancho, tapizado de copas las mas variadas en el talle y matiz de la verdura que la circunda; la erguida palma, la fresca morera, el bergamote, limon, lima, poncil y el naranjo dorado, vierten sus perfumes, concediendo hos-

pitalacia y perpetua sombra al viajero que transita por aquellos caminos siempre alfombrados del azahar, y que regados por tantas acequias y riachuelos, surge en todas partes agua cristalina, orladas de mil flores: fruto y testimonio de los afanes del incansable labrador murciano, que tambien vé en mas humilde escala alfombrado y bordado el suelo gallardo del maíz, la grana, el arroz, el nopal, el trigo, la fresca alfalfa, el esbelto cáñamo, el delicado lino, la pintada hortaliza y tantos otros frutos que recompensan en buen año sus sudores con el ciento por uno. ¡Cuán bella comarca!... ¡Cuántas generaciones prestaron sus esfuerzos para que consiguiera aquella comarca tanta riqueza y tanto encanto!... Vista desde el castillo de Monte-agudo, que es el que se deja ver en primer término de nuestra lámina, la huerta de Murcia y su ciudad es figuradamente comparable á la testa coronada de un Rey de Oriente, y sus contornos el manto recamado de mil caprichosas flores, que esmaltan el tisú de su

régio ornato. Cual un dosel régio á su esplendente sólio, siempre se muestra el cielo azul, despejado y claro; donde si el trueno y las borrascas le enturbian, su estancia es eorta, pasando el cielo de un dia de sol á un crepúsculo, que tal parece la noche para ofrecer luego el espacio de la inmensa bóveda, tachonado de lucientes estrellas, cual vestidura de plateada malla, y por remate la argentina luna que vibra sus rayos, dejándolos furtivos ríen sobre las aguas que riegan acá y allá por la esponjosa tierra, dándola frescura, y que cual hilos lamas, se tejen y entretajan en mil caprichosos giros. Ciertamente que cuando se vé á nuestros poderosos ú hombres de letras, emprender largos viajes para buscar en estrañas tierras encantos que disfrutar ó describir, sin haber ni tan siquiera saludado estos ricos campos; duélese el corazon sin que por esto sea preciso dejarse llevar del parcial y á veces injusto orgullo pátrio, y prueba entonces el viajero español á la par del embeleso de los ojos, si se entrega á esta meditacion, el desagrado del alma.

Aconsejo á mis lectores que si un dia frecuentan aquellos sitios, no dejen de ver á Murcia desde el alto y esbelto campanario de su catedral, desde la cumbre de Monte-agudo, ó desde el respaldo régio del trono murciano, la cresta del gallo, cordillera eminente que por el Sur la domina, y encontrarán que si en mi decir hay entusiasmo, hay verdad sin poesia, y digo poesia porque nada puede imaginar el poeta en donde la naturaleza supera y dice mas que el arrebato y los sueños del mas diestro y poseido trovador. Donde el Criador concedió un cielo tan radiante y claro, vejetacion tan rica y balsámica, suelo predilecto, feraz y bien regado; que mucho ¡qué hayan surgido en todas edades hombre tan eminentes en letras, ciencias, artes y gobierno! La riqueza del hogar ó el suelo que se habita es indudable que imprimen ideas grandes y luminosas á la razon.

Riégame esta huerta por las obras de canalizacion y las presas que fundaron los romanos y aumentaron los sarracenos, y que luego fué tan conocida su importancia, de las generaciones que sucesivamente la dominaron, que todas han procurado el conservar, y aun mejor dicho multiplicar aquellas con notable esmero. Díganlo las acequias que sangran el río, la famosa *contraparada*, dique que contiene un raudal de agua suficiente, que luego cual si fuera el corazon, reparte por otras tantas venas y distribuyen el riego en todas direcciones de la comarca. Tiene de elevacion este dique en la parte mas alta 90 pies (1).

Produce la huerta de Murcia en frutos agrícolas como líquido resultado 160 millones; pues que solo en seda que es una de los mas pingües materias, se regula en 25.

La industria da poco, pero no obstante, tiene fábricas de ladrillos, de alfarería, de lienzos ordinarios, paños vastos, bayetas; se hila, dobla y tuerce la seda que se consume luego para sargas, tafetanes, felpas. Se tiñe tambien para aquellos artefactos este producto, en especial de negro. Hay fábricas de curtidos que merecen es-

pecial aprecio en el comercio, y tambien las hay de jabon y de albayalde; y en otro lugar nos ocuparemos de los molinos de harina que la abastecen, así como los obtiene para el pimientó encarnado. Las fábricas de escobas de palmito surten á la mayor parte de la nacion; las de la elaboracion de esparto, las de sosa y la barrilla, ocupan un número no menos considerable de brazos.

En todas las direcciones y por dó quier que se recorra esta provincia, se encuentran restos importantes de la fortificacion romana y sarracena; prueba incontestable de su importancia, y de cuanto peso para la consideracion de aquellos pueblos tan conquistadores como comerciantes la posesion de esta parte de la Península: siendo de notar, que uno de los puntos mas notables destinado á este objeto, y como se vé aun en estos alrededores, lo fué la cúspide de *Monte-agudo*, el cerro de la *Reina*, el de *Santa Catalina*, los restos del *Alcazar*, y algunos trozos de la fortificacion medio abatida que conserva la siete veces coronada ciudad de Murcia.

Muzquia, como dijimos ya la llamaron los *Murquetes* á su vuelta de Italia antes de Cristo, año 1279.

Venus Murta, segun supone Cascales, le dieron los romanos, segun parece por la importancia de su pueblo y del templo de aquella deidad en las márgenes del *Jadeu* (Segura). Segun Tolomeo, la apellida *Virgilia*. De todos modos, podemos casi asegurar que su mayor importancia, fué despues de la invasion de los árabes en 714, despues de la era eristiana, en que la gobernó *Abraham-Azcadari* primer Rey de Murcia.

En 1243 el santo Rey D. Fernando envió á su hijo el infante D. Alonso para conquistarla; pero conocedor del sumo poder de los cristianos el Rey moro *Aben-hudí el Alboques*, la entregó sin violencia. Caída la ciudad otra vez en poder sarraceno, fué de nuevo rescatada por las armas de Aragon, y por el Rey D. Jaime el I en 1265, dando libertad á 30,000 prisioneros moriscos. El año siguiente se posesionó de ella D. Alonso el Sábio, que la pobló con 333 caballeros y 2,200 paisanos que mandó para el efecto el Rey D. Jaime de entre las mas notables y nobles familias de Castilla, Cataluña y Aragon, con grandes privilegios que les concediera, y con el timbre de *Muy leal*, á que añadió mas tarde Carlos V de Alemania el de *Muy noble*.

En 1291 se trasladó á esta ciudad la silla episcopal de Cartagena por disposicion del Papa Nicolás IV.

Por ahora solo diremos que su soberbia catedral (1), puentes (2) atrevidos, alcázares que aunque medio abatidos pregonan su fama, palacios antiguos, paseos, grandes plazas y restos de estupendos conventos, dejan al mundo un testimonio de lo que fué y de lo que puede ser aun, si la proteccion alcanza y la paz se adquiere algun dia entre los españoles, dejando para el bien del pais reposar las armas tomadas en el odioso arsenal de los enconos políticos, para que puedan los gobiernos embrazar el escudo de proteccion para los pueblos, concediéndoles el reposo

(1) Semanario tomo VIII, pág. 28.

(1) Semanario tomo IV, pág. 44.

(2) Idem, tomo VIII pág. 508.

que ya anhelan y dando garantía á esta fuerza de voluntad que caracteriza el siglo, que se deja sentir en Murcia como en todos los dominios españoles, para salir del abatimiento y llegar triunfante á las puertas de la prosperidad.

A Murcia no le faltan como en tiempo antiguo hombres de gran valía y buen talento; téngase presente que de aquel suelo obtuvimos el ilustre Conde de Florida Blanca, también D. Gerónimo de la Roda, D. Diego Clemencin, hombres de estado y de letras ambos; de los célebres pintores y escultores D. Lorenzo Vila, D. Nicolás de Vilasis, D. Diego Rejon de Silva, escritor célebre, y onciario de la real academia de San Fernando: como escritores uno de los que mas se distinguieron en nuestra España, Francisco Zarcillo Alcaraz; siendo claras antorchas para las letras y la poesía jocosa D. Francisco Cascales y D. Salvador Jacinto Polo de Medina así como para la comedia lo fué Andrés de Claramonte y Corroy. No solo en los tiempos del cristianismo produjo Murcia grandes ingenios, podemos recordar al famoso moro Scham Sedín director del célebre colegio de Granada y algun otro.

En otro artículo veremos las bellezas importantes que pertenecientes á todas las épocas de arquitectura encierra la comarca de la populosa ciudad murciana, que por cierto es rica en monumentos de esta especie, y notable, por ser el pueblo al cual D. Alonso el Sábio legó para que estuviesen encerradas en urna de jaspe sus entrañas, que estan á la derecha del altar mayor de la catedral custodiadas con celo y orgullo por los murcianos.

IVO DE LA CORTINA.

ANECDOTA HISTORICA.

Episodio de la vida de un gran poeta.

El Jueves santo del año de 1616 se hallaba reunida en la parroquia de San Martin de esta corte una numerosa concurrencia asistiendo al oficio de tinieblas. Aunque en aquellos tiempos no habia cundido como en los que alcanzamos ese desden é indiferencia hácia las cosas sagradas que han dado en llamar *despreocupacion*; no dejaba sin embargo de haber muchas personas que adelantándose á su siglo ponian en práctica lo que nosotros apenas notamos ya en fuerza de costumbre. Así es que entre toda aquella muchedumbre se contaban algunos que iban por devocion, otros con el objeto de matar el tiempo pasando revista á las bellezas que allí habia reunidas, y otros sin cuidarse ni de esto ni de aquello venian ya á cosa hecha llamados por alguna cita, ó muy seguros de hallarla aunque no se la hubieran dado. Este proceder parecerá á algunas personas ageno de una época tan religiosa que no habia olvidado el uso de los autos de fé, y que en la Semana Santa daba tantas muestras de devocion

poblándose todas las calles de disciplinantes desnudos de medio cuerpo arriba, que no se ruborizaban de pegarse los azotes cuando pasaban por delante de la casa donde vivia el objeto de su cariño; pero estas mismas costumbres y otras no menos ridículas, hicieron caer la religion en objeto de moda y vanidad, y todos los corazones estaban muy lejos de participar de aquella fé íntima que habia sido general en España durante los siglos precedentes.

Estas observaciones nos llevarian muy lejos si quisiéramos desarrollarlas, y por ahora solo las hemos indicado para quitar todo recelo de inverosimilitud en el suceso histórico que vamos á referir.

La iglesia de San Martin estaba llena como hemos dicho de una multitud de personas, encubriendo los cucicheos de algunos amantes, el canto de los sacerdotes ocupados en los divinos oficios. En una de las capillas mas próximas á la puerta de entrada habia entre varais personas una señora ricamente vestida que demostraba



VALLERO V. CASTELLÓ

por su porte ser persona de calidad ya que no se la podia conocer por el tupido manto que la cubria el rostro. Estaba arrodillada al lado de un confesonario formando con el guarda infante una figura muy parecida á la que tienen los niños cuando se les mete en una pollera para que

se suelten á andar. Detrás tenia un viejo vestido todo de negro con un libro cerrado en la mano, demostrando por su edad y su aspecto que era el rodrigon de aquella dama.

Largo tiempo estuvo sin moverse de aquella posicion, dirigiendo la vista de vez en cuando al confesonario, donde á falta de sacerdote estaba un hombre sentado con una pierna sobre otra y recatándose el rostro con un embozo del ferreruero, ya que le era imposible hacerlo en aquel sitio con el sombrero de gran falda que estaba á sus pies sirviéndole alguna vez que otra de cogen para arrodillarse. Esta costumbre de usurpar los confesonarios que hoy nos chocaria tal vez, era muy frecuente entonces, segun la reprende el timorato Francisco Santos en sus *Tarascas de Madrid*.

Cuando la gente que estaba en la capilla se fué aclarando, hasta quedar muy pocas personas, la dama miró alrededor y fijándose en su escudero hizo un movimiento de cabeza como dándole á entender que se acercara. Hizolo esto poniéndose á su lado é hincando una rodilla en la punta de la capa.

—¿Sabeis qué hora es, Otanez? le preguntó la dama al oido.

—Las siete deben ser sino me engaño, señora; y si no miente el reloj de San Ginés que cuando entramos dió la media para las seis. Si usarcé quiere retirarse....

—No quiero tal, Otanez, quiero estar hasta la conclusion de los oficios: pero vos podeis retiraos. Id á casa y haced que dentro de una hora me traigan la silla.

—¿Y se queda sola usarcé?

—Sino he de salir de aquí, ¿qué importa?

—Es que yo no quisiera.... puede ofrecérsele á usarcé alguna cosa y....

—No tengas cuidado. Si mi esposo y señor te pregunta donde me has dejado puedes decírselo, pero si se dispone á venir á buscarme, no lo permitas porque puede hacerle mucho daño.

—¡Ave Maria! Señora, ¿cómo le habia yo de dejar venir? Aunque estuviera loco: un señor con sus achaques... verdad es que os quiere tanto.

—Vamos; poca conversacion que estamos en la casa del Señor; juicio Otanez.

—¿Quereis el libro?

—No, llévatele: que no te se pase la hora; dentro de una, aquí con la silla; ¿lo entiendes?

—Lo entiendo, y diciendo esto el rodrigon bajó la cabeza á la dama, se levantó sacudiendo la capa, y despues de hecha una reverencia al monumento santiguándose precipitadamente, salió de la iglesia.

El que estaba en el confesonario le siguió con la vista sacando la mitad del cuerpo, y despues de un rato en que se cercioró que eran contadas las personas que allí habia, se puso en pié, enderezó la golilla, ahuecóse el pelo, y dando un puntillon al sombrero lo echó disimuladamente hasta el lado de la dama donde se arrodilló tapándose la boca con el embozo del ferreruero. La muger al verle tan cerca se estremeció, volviendo la cabeza á todas partes y ¡hablad bajo por Dios! le dijo con voz balbuciente.

—Hablaré como me convenga, contestó el caballero, y me lo permita la cólera que me está abrasando.

—Considerad el lugar en que nos hallamos.

—Lo que considero es que os he pedido una cita y habeis escogido este lugar, si yo me propaso, si van á resonar en él frases mundanas, vuestra es la culpa y no mia.



—Os la he dado aquí, porque conozco vuestro carácter, porque recuerdo lo que ha mediado entre nosotros y porque este es el único sitio en que pueda estar segura con vos. Accediendo á la entrevista que me habeis pedido sé que cometo una falta; teniéndola en este lugar se agrava mas todavía; pero mayor habia de ser si fuera en otra parte.

—Decid que habeis accedido por temor al que llamais vuestro esposo, porque os amenacé con revelarle nuestra antigua amistad; tan íntima, tan enamorada, tan....

—¡Callad!

—Sí, tan íntima que ningun respeto, ni poder ninguno de este mundo habia de haberla disuelto.

—Pero ¿qué quereis? ¿á qué venís? ¿por qué me habeis hecho acudir aquí? ¿no sabeis ya que estoy casada? ¿que todo lo que ha pasado entre nosotros debe ya olvidarse como si tal cosa no hubiera sucedido?

—Olvidarse ¿y sois vos quien lo decís?... ¿eres tú quien lo dices?... ¿Podré yo nunca olvidar la felicidad que he gozado, la felicidad que me prometia, y el tormento horrible que está destrozando mi corazón? ¿Podré yo olvidar que cuatro meses de ausencia han bastado para borrar de tu alma la imágen del que idolatrabas, para burlarte de tantas promesas, para quebrantar tantos y tantos juramentos como hiciste de tu cariño, á todas horas, en todas partes, en el mezquino aposento en que vivias con tu madre y hasta en la misma casa del Señor en varias ocasiones como la presente, en que arrodillada como ahora teniéndome á tu lado pronunciabas delante de los altares que eras mia, mia para siempre, y entonces no ocultabas tu rostro como ahora con hipócrita recogimiento, no se encendia tu semblante debajo del manto como ahora le estará sucediendo, no estaban preñados tus ojos de lágrimas de dolor como ahora, sino de alegría y de esperanza como la que has ahuyentado para siempre de mi pecho?

—¡Por piedad! pueden oiros, pueden notar el desacato que cometemos....

—¿Y qué mayor desacato que tu falsedad?

—No me harás callar; quiero avergonzarte, quiero confundirte, quiero echarte en cara tu crimen aquí delante de Dios, mezclando nuestras palabras profanas con el cántico de los sacerdotes.

—Pero ¿sois un demonio que viene á gozarse en mi agonía?

—Soy un hombre rencoroso, que viene á derramar en tu corazón toda la hiel que has hecho brotar en el suyo.

—¿Y era para esto, dijo la dama entre sollozos, para lo que me escribisteis el respetuoso billete que tuve la imprudencia de recibir? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡qué desgraciada soy!

—¿Pues qué pensabas? ¿Venias acaso creyendo que yo iria á pedirte mil perdones porque tuve la debilidad de adorarte? ¿Que vendria á felicitarte por tu enlace repentino con ese viejo caduco que al unirse con una jóven como tú, ignora el menguado que te es imposible corresponder á su cariño?

—¡Os engañais!

—¿O llegaría á tanto tu imprudencia que pensarías?...

—¡Callad! ¡callad! Diciendo esto se dejó caer en el suelo llevando las manos á su rostro, el hombre inflexible en la furia que le dominaba, la cogió del brazo haciéndola otra vez arrodillarse.

—Pues bien, escucha: daré treguas á mi furor, ahogaré los pensamientos sacrílegos que me asedian, endulzaré mis palabras para proponerte un remedio á una ofensa tan grande.

—¿Y cuál puede haber para la que estamos haciendo al Señor en este momento? Yo quisiera levantarme, quisiera huir, quisiera dar voces para que me librasen de vuestra presencia; pero me es imposible, no tengo fuerzas, no puedo moverme, la voz se ahoga en mi garganta.

Dejadme os lo pido por lo que tengais mas sagrado en este mundo.

—Lo mas sagrado para mí era el amor que te profesaba; y has hecho pedazos el ídolo de mi existencia. Ya con nada cuento, todo me es indiferente, nada me detiene. Tú puedes remediar tanto daño.

—Imposible.

—Escúchame. Esta noche, ahora mismo puedes huir conmigo.

—No, jamás. El hombre á quien he entregado mi mano tiene depositada en mí toda su confianza. Yo le debo mil favores que no puedo pagarle ¡ni con la vida. El socorrió á mi madre cuando estaba á la muerte, y él se apiadó de mi orfandad cuando aquella faltó. Cuando agradecida le dí mi mano que me pidió respetuoso, le juré serle fiel y pensar solamente en dedicarme á hacer mas llevadera su existencia, agoviada con los años y martirizada con los mas vivos dolores.

—¿Y yo no sufro tambien? ¿No desgarran mi corazón dolores mas atroces que los que él puede soportar? ¿Y para mí no hay compasion? Porque soy mas jóven ¿piensas que ha de poder cerrarse esta llaga con el tiempo, y con la ausencia de la felicidad que esperaba? Te engañas. Dí responde: ¿quieres adoptar el medio que te he propuesto?

La dama al oírle esta pregunta, se levantó con altivez el manto que cubria su rostro, y le dijo con toda la entereza de una muger ultrajada al recobrar su dignidad:

—¡Os he dicho que no!

El hombre entonces fuera de sí se mordió los labios vibrando centellas sus ojos: y despues de un rato de silencio en que estuvo acariciando el pomo de su espada, la dijo acercándose mas: pues ve muger infame á enseñarle á ese viejo la señal que ha dejado mi mano en tu rostro: y antes de que hubiera concluido la pegó una bofetada cuyo sonido se perdió entre las voces del cántico religioso: pero cuya accion no dejaron de observar horrorizados algunos que estaban próximos al lugar donde pasaba la escena. La dama se desmayó dando un grito, y acudieron á socorrerla varias gentes, armándose en pocos momentos un grande escándalo en la iglesia. El hombre ciego de furor queria pasar mas adelante en su venganza, pero le contuvo un caballero que habia llegado un rato antes y arrimado á la pared habia estado observando lleno de cólera el desacato de aquellas dos personas. Era este caballero de mediana estatura, fornido de cuerpo; con las facciones de su rostro abultadas, el bigote negro y el pelo largo y encrespado: sobre su nariz aguileña sostenia unos anteojos, y al andar se le notaba que tenia los pies torcidos hácia dentro, haciéndole cojear.

Mientras la mayor parte de la gente acudia al socorro de la dama desmayada, sin saber muchos lo que habia motivado aquel deliquio, el patizambo agarró del brazo al ofensor y apretándole fuertemente le hizo salir á la calle sin proferir una palabra. Aquel le siguió sin saber lo que le pasaba, y al hallarse fuera de la iglesia con muy pocas personas alrededor, se detuvo á mirarle. Antes que pudiera desplegar los labios ya le habia echado el otro en cara la palabra ¡infame!

—¿Y qué teneis que meteros en lo que no os importa? ¿Quién sois para sacarme de la iglesia? ¿Quién para contener la cólera que me abrasa?

—El que cuenta demasiado con su indulgencia para dejar impune vuestro delito.

—¿Me conocéis?

—¿Qué me importa conoceros? No os conozco.

—¿Sabeis quién es la muger que he afrentado?

—No quiero saberlo.

—Pues ¿qué os mueve á mezclaros en este asunto?

—El ver que sois un miserable que habeis osado poner la mano en el rostro de una muger: el ver que sois un hereje que ha profanado el santo lugar en que nos hallábamos.

—Y ¿qué pretendéis?

—Que sin pasar mas adelante, saqueis aquí mismo, en este instante vuestra espada, y satisfagais la infame deuda que tomo á mi cargo.

—Estais loco, dejadme.

—Por vida de San Francisco que si no os poneis en guardia os arrastro por los cabezones y os estrello en esta tapia; ¡cobarde!

—Mirad que tratais con un soldado que ha visto la muerte muy de cerca.

—Mirad vos que tratais con un caballero que nunca ha dejado sin castigo tropelías de esta especie.

—Vamos; ¡dejadme paso, ó por vida!... pero ya que lo queréis sea en buen hora.

—Cubrios bien el cuerpo, porque ¡vive Dios! que tiro á mataros.

—Ya veremos.

Sin hablar palabra sacaron las espadas, y se pusieron á reñir, ahuyentando á todos los concurrentes, quienes temieron caer en manos de la justicia si acertaban á sorprenderlos. Dueños absolutos del campo sin que nadie los estorbase, dieron principio al duelo tirándose furiosas estocadas, mientras en lo interior de la iglesia resonaba el cántico sagrado, y el murmullo causado por la situación de la dama que aunque habia vuelto en sí se hallaba sumida en la mayor desesperacion.

El hombre de la bofetada se defendia valerosamente de los ataques, vivísimos del patizambo, quien daba señas de ser muy maestro en la materia. Aquel revolvia la espada lleno de furor sin poder llegar al pecho del contrario que paraba sus estocadas con la mayor serenidad. Pasados algunos minutos de una lucha encarnizada, quiso el primero tenderse para traspasarle, y se encontró con la espada del patizambo que le atravesó el pecho, dejándole tendido en el suelo revolcado en su propia sangre.

Por la noche en todas las reuniones de la corte no se hablaba mas que de esta terrible aventura, sin que en parte ninguna se hubiese podido saber el nombre de la dama ofendida que solamente decian ser de porte, ni del ofensor que aseguraban no la cedía en calidad. Solamente en una de las principales casas donde se referia este suceso reveló una persona bien informada el nombre del que habia vengado la afrenta y el desacato cometido en el templo dando muerte á aquel hombre sin juicio.—En cuanto á la dama, dijo aquella persona, respeto su po-

sicion y me veo obligado á callar su nombre por muchas razones; en cuanto al muerto Dios le tenga en su gloria, ignoro quien sea; pero en lo que hace al matador ó desfachador del agravio habeis de saber que ese no ha sido otro que nuestro célebre poeta *D. Francisco de Quevedo y Villegas*, quien á estas horas ya ha tomado el camino de Italia, accediendo con este motivo á los deseos del Duque de Osuna que le habia hecho grandes instancias para que le acompañase en su virreinato de Nápoles.

POESIA.

ROMANCE.

En un alazan brioso

Por entre bravos jarales,

Huyendo, huyendo Xarifa

En grupas vá con su Zaide.

El caballo vá contento

Contentos van los amantes,

El corcel por ir saltando

Los dos por ir á gozarse.

Cabalgan los dos, cabalgan,

Por entre oscuros breñales

Que quien á hurto camina

De ocultas sendas se vale.

La vuelta van de la playa

Huyendo el odio de un padre

Para echarse en un esquite

Y en Tremecen repararse.

Ya llegan á la alta cumbre,

Ya ven azular las mares,

Ya ven mecerse la vela,

Ya piensan hollar la nave.

Mira, mira, dice el moro,

Mira, mi amada, cual salen

Inquiriendo nuestras huellas

Los jinetes del algarbe.

No temas, ella responde,

No temas mi bien, mi Zaide,

Que un encanto aqui me asiste

Que presto á los dos nos salve.

Es un liston prodigioso

Fadado con hados tales,

Que dos que con él se ciñan

Cierto, invisibles se hacen.

Probemos Zaide, probemos,

Usemos mágicas artes

Y en su insensata pesquisa

Nuestros vedugos se causen.

Desdobra el liston Xarifa

Con él se anuda su amante

Cuando de presto ¡ó que espanto!

Ven una sierpe soltarse.

El fiero dragon se enrosca

Los ciñe en negros dogales,

El pecho para oprimirles
Y los pies por cultivarles.
Que tal listón, receloso,
Dar hizo á Xarifa el padre,
Para que hallase la muerte
Donde sus gustos buscarse.
Llega el Rey enfurecido
Vibrando el sangriento alfanje
Y abrióle el pecho á Xarifa,
Y el cuello dividió á Zaide.

EL SOLITARIO.

EL MAR

EN LAS NOCHES DE ESTIO.

La luna ya en el cielo
con vacilante brillo
cual lámpara de oro
alumbraba el mar vecino,
sus rayos luminosos
bajando en leves hilos
se quiebran en las aguas
con mil lumbres y visos
los astros y luceros
desde el azul ólimpo
repiten en las olas
sus luces y jacintos;
y en tan mágica imagen
cree ser el pecho mío
ó dos mares de estrellas
ó dos verdes empiresos.
Los céfiro serenos
con sus blandos suspiros
las ondas ensortijan
en apacibles rizos,
y empapados de aromas
de los fragantes cidros
se deslizan cual néctar
al pecho ardiente mío.
La silenciosa nave
dejando el salvo asilo
se desliza en las aguas
con sesgo fugitivo,
se oye la alitiva proa
como en sonante vidrio
cortar la faz serena
del mar claro y tranquilo.
La costa se dibuja
como en grandioso circo
cercando el mar inmenso
con elevados riscos.
Al lejos se levantan
en eslabon continuo
las desiguales cumbres
de los montes sombríos,
y los fuegos del ható
cual soles encendidos
alumbran y se pierden
en el azul vacío.
Hasta la orilla bajan
los verjeles floridos
ciprés y pobo alzando
sus verdes obeliscos.
Y entre el bullir del aura
el peregrino oído
del ruisenior distingue
los solitarios trinos.
Como listón de oro

plegado en leves giros
por entre el negro bosque
dudoso brilla el río,
y cual recuerdo triste
de los pasados siglos
allí entre escombros yace
el gótico edificio.
Trisca el pez sobre el agua,
halla en el viento alivio,
salta dos y tres veces
y cala al verde abismo.
Desde el sonoro cerco
donde se hundió lascivo
nacen, crecen y mueren
mil argentados discos,
las góndolas discurren
en gárgulo bullicio
ora en rápido curso
ora en plácidos giros:
parecen las Nerehidas
que en mágico atavío
ensayan sueltos bailes
en palacios marinos.
Todo es dicha y contento
todo placer, deliquio
derramando en el alma
el placer mas benigno.
Todo en el mar convida
á gozar en delirio
las noches deliciosas
del caloroso estio.

EL SOLITARIO.

HISTORIA NATURAL.

BOTANICA.

Es la botánica, aquella parte de la historia natural que comprende el estudio de los vegetales. Por ella se aprende á distinguir unos de otros y á clasificarlos.

No constituye á un botánico el conocer y saber el nombre de las plantas, debe saber las leyes que presiden á su organizacion, las funciones de sus órganos, las relaciones que hay entre unos vegetales y otros, sus virtudes y hasta el uso que de ellos hacen la economia doméstica, las artes y la medicina. Como es tan extenso el objeto de esta ciencia se la ha dividido en distintas ramas para mayor facilidad en su estudio.

Llámase botánica propiamente dicha aquella parte de la ciencia que considera á los vegetales de un modo general y como seres distintos unos de otros, á quienes es necesario conocer, describir y clasificar.

Pero antes de pasar adelante sepamos que cosa son los los vegetales y que les distingue de los animales.

Los vegetales son, segun Richard, unos seres organizados y dotados de vida, privados de sensibilidad y de movimiento voluntario, pero que gozan de la escitabilidad, propiedad que forma el carácter especial de todos los seres organizados; en virtud de esta propiedad ejecutan las funciones vitales, y resisten la accion de las causas exteriores que incesantemente tienden á destruirlas.

Si se preguntase á uno que diferencia se encuentra por ejemplo, entre un caballo y una col, se reiría de tan extraña pregunta; pero si se le pidiera que determinase la diferencia que existe entre ciertos zoofitos que son animales, y algunas confervas, que son plantas, entonces ya

no habia motivo de risa, y el sugeto interrogado se encontraria en un apuro, porque realmente no hay un limite fijo entre el reino animal y vegetal, por mas que lo hayan dicho Linneo y otros botánicos que le han sucedido. Vamos á comparar los animales con los vegetales, para ver si de esta comparacion resulta un carácter distintivo mejor que la existencia de la sensibilidad en los primeros única que Linneo asignó.

1.º Los animales y las plantas tienen órganos destinados á cada uno á un uso especial pero de cuyo conjunto resulta la vida, la existencia del todo.

2.º Los animales viven, y en ellos la fuerza vital parece resultar de la irritabilidad de sus partes, que son susceptibles de contraerse por el contacto de ciertos estimulantes, pero otro tanto sucede á las plantas; la irritabilidad y la contracción se manifiestan de un modo enérgico en las flores de muchas y en las hojas y ramos de la sensitiva, en la dionen, etc.

3.º El azoe, el carbono, el hidrógeno, el oxígeno, algunas sales alcalinas y óxidos metálicos constituyen la base de las sustancias animales. Igual composicion presentan los vegetales; únicamente se nota que en estos predomina el carbono, y el azoe se encuentra rara vez.

4.º Los animales y las plantas viven y mueren, resisten á las fuerzas exteriores que tienden á destruirlos, y reparan sus partes heridas.

5.º Los animales arrojan las sustancias inútiles ó nocivas á su naturaleza y se apropian para la nutricion las que les convienen. De la misma manera obran las plantas; sus tallos, y principalmente sus raíces se inclinan á una ú otra parte por un movimiento que parece voluntario: así se vé á los primeros huir de las tinieblas buscando la luz, y á las segundas abandonar un suelo seco y estéril para buscar un terreno mas húmedo y nutritivo. Las plantas, como los animales absorben las sustancias que les convienen y espelen al exterior las que son inútiles y nocivas.

6.º Los animales y las plantas tienen los mismos dos sexos.

7.º Se hallan algunos animales hermafroditas que se fecundan y reproducen sin la concurrencia de otro individuo de su especie, por ejemplo, la ostra y otros muchos moluscos, acéfalos. También la mayor parte de los vegetales son hermafroditas.

8.º Los caracoles y otra porcion de mariscos son andróginos. La morera y otras muchas plantas monoicas, se hallan en igual caso.

9.º La mayor parte de los animales tienen un solo sexo otro tanto sucede á todas las plantas dróicas.

10.º Muchos animales son vivípiros, es decir que producen á sus hijuelos vivos. Algunas plantas gramíneas, los lirios y otros, en vez de producir semillas arrojan pequeñas plantas enteramente formadas.

11.º Varios animales son scisíparos, esto es, que se reproducen por estacas como sucede á los polipos y á mayor parte de zoofitos. También un grande número de vegetales agamos (1) se hallan en el mismo caso. Los líquenes que no fructifican nunca son los mas comunes.

(1) Que no se reproducen por generacion.

12.º Muchos animales son ovíparos es decir, que se reproducen por huevos. No son otra cosa las simientes de los vegetales.

13.º Algunos animales zoofitos se multiplican, produciendo pequeños individuos que forman como yemas ó tubérculos alrededor de su madre. Esta les alimenta con su propia sustancia hasta que pueden vivir por sí solos; entonces se desprenden y constituyen nuevos seres. Muchas plantas se multiplican por medio de renuevos é hijuelos. Los confervas no tienen otro modo de reproducirse que el de los polipos. El mastuerzo de los prados, en ciertas circunstancias se regenera por pequeños gérmenes tuberculosos que crecen sobre sus hojas.

14.º Es fácil injertar dos polipos uno sobre otro, aunque sean de especies distintas, y no constituyen mas que un individuo. Sabido es como se injertan los vegetales.

15.º Si se saca un ojo á una tortuga, se arranca una pata á un cangrejo ó á una salamandra, ó se corta la cabeza de un caracol, estas partes brotan de nuevo en mas ó menos tiempo, segun la estacion, y los animales tardan poco en volver á hallarse completos. Lo mismo se reproducen las ramas de los vegetales.

16.º Todos los insectos, los reptiles y aun algunos mamíferos como el liron, el liron mitiolo, la marmota etc. permanecen entorpecidos mas ó menos tiempo por el frio sin dar señales de vida. Los árboles en nuestros climas, dejan de vejetar durante el invierno.

17.º Los animales mudan muchas veces la piel durante la vida, ya caiga en pedazos grandes como en los crustacios, las serpientes etc. ya se desprenda de un modo casi imperceptible y bajo la forma de un polvillo, como en el hombre: los árboles renuevan muchas veces su corteza en el curso de su vida, unas veces por gruesos pedazos como el alcornoque y el plátano, otras por pedacillos pequeños como el peral, manzano etc.

18.º En los insectos atraviesan los líquidos nutritivos las paredes de un largo tubo intestinal, riegan los tejidos orgánicos y se elaboran con el contacto del aire que se introduce por los estigmas ó poros respiratorios colocados á lo largo del cuerpo. En las plantas corren los líquidos nutritivos ó sea la savia por los largos tubos que forman el vegetal, riegan todas sus partes y se dirigen á las hojas y á la superficie de otros órganos: allí poniéndose en contacto con el aire y la luz por medio de los poros del vegetal, se combinan é identifican con la sustancia de la planta.

19.º Los animales respiran: si por algun tiempo se les sumerge en un gas puro, hecha escepcion del oxígeno mueren asfixiados; en su respiracion consumen el oxígeno y exhalan el ácido carbónico. Las plantas respiran tambien; pero si se las tiene algun tiempo en un gas puro, que no sea el ácido carbónico ó el oxígeno, mueren asfixiadas, se apropian el carbónico y exhalan el oxígeno.

Ahora bien, ¿qué resulta de esta comparacion entre los animales y los vegetales? Que estos no se diferencian de aquellos sino en que respiran ácido carbónico en lugar de oxígeno; y que por la incineracion desprenden ácido carbónico en vez de azoe.